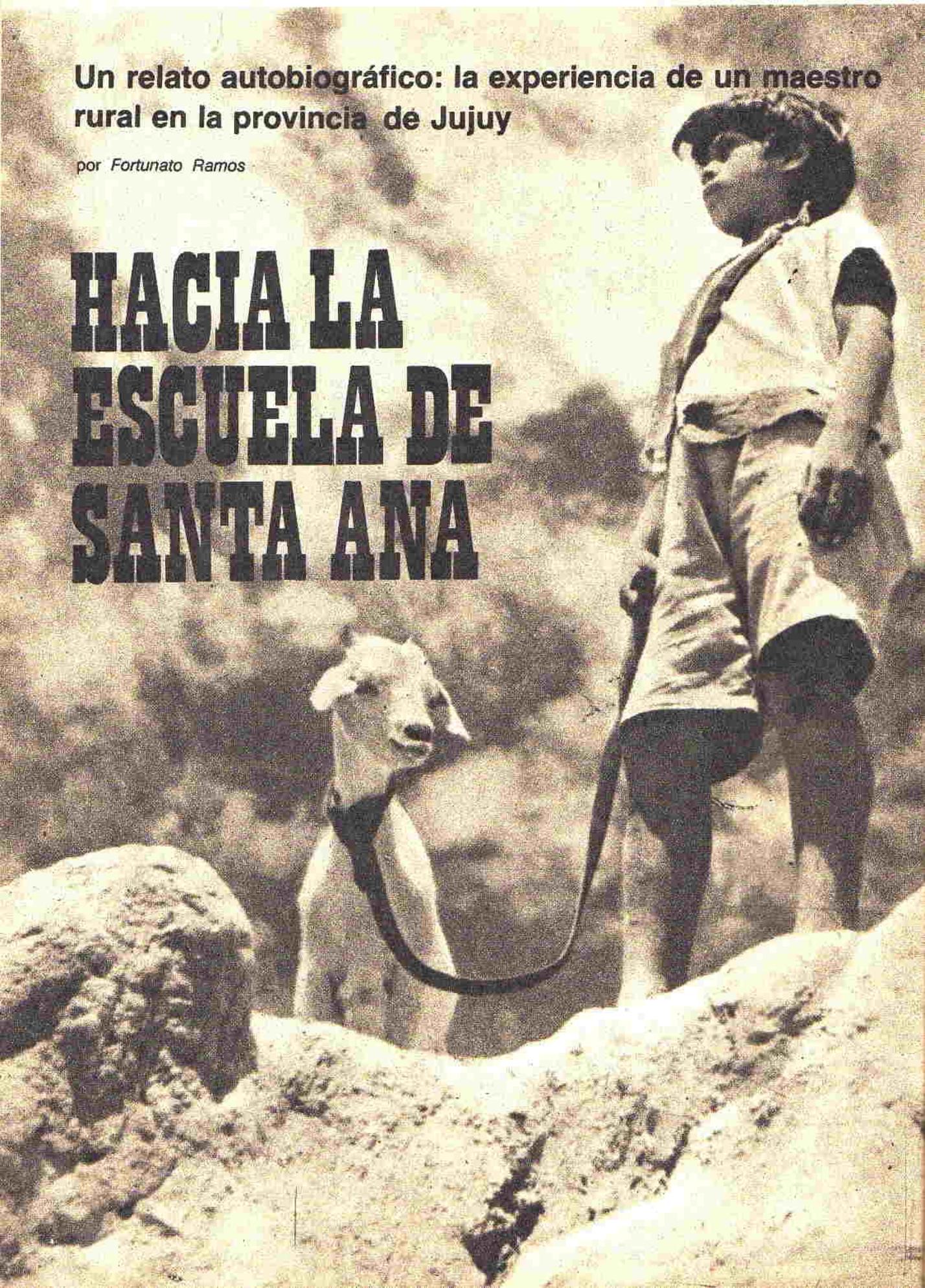


Un relato autobiográfico: la experiencia de un maestro rural en la provincia de Jujuy

por Fortunato Ramos

HACIA LA ESCUELA DE SANTA ANA



Fortunato Ramos es un coya, como él mismo se define. De vez en cuando, también, se le desliza el autocalificativo de runa. De pelo lacio y negro, sonrisa rápida y hasta pícara, Fortunato, como comenta un redactor de esta revista, nos sorprende con la veloz transformación de sus narraciones: de explicarnos en prosa un hecho cualquiera de su Jujuy puede, sin más trámite que la continuidad, terminar su relato con un poema. Lo curioso es que ninguno de los oyentes sabrá distinguir después cuándo comenzaron realmente las dos variantes del lenguaje.

Es que Fortunato Ramos dice así, naturalmente, como el paisaje de su tierra humahuaqueña, tan bello como la palabra, tan bello como el silencio que nos convoca.

Fortunato es, además (¿o esencialmente?), un maestro rural.

Fue director de la Escuela Nacional N° 24 de Santa Ana, departamento Valle Grande, Jujuy, donde ejerció la docencia durante tres años. De esa experiencia, un mundo singular donde la soledad y la naturaleza dialogan sin descanso, nació la visión de Fortunato que ahora publicamos y que fuera premiada en el 78 por la Fundación Judía Argentina. Hemos agregado asimismo dos temas de su libro "Poemas costumbristas".

Con treinta años en su haber, esposa y un hijo, Raúl vive en Humahuaca y ejerce el magisterio en la Escuela Nacional N° 80 de Ocumazo.

Miembro activo del Tantanakuy, el encuentro musical de la Quebrada durante el carnaval, y uno de los organizadores del Festival de la Chicha, Fortunato conmovió a los porteños en la temporada pasada cuando se presentó junto a Jaime Torres y a otros intérpretes de su zona en el espectáculo "De antiguas razas".

Tantas veces he dicho, recordando, que es difícil escharbar profundidades; pero volverse y tocar con el espíritu vivencias pasadas es renovar el alma con frescura de lloviznas, que humedecen el más recóndito sentimiento de docente, de maestro, de hombre.

Santa Ana, la escuela de mi juventud, de amores infantiles, de experiencias primeras, de sinsabores amargos. Establecimiento rural de la provincia de Jujuy, en el departamento de Valle Grande.

Santa Ana, ciento veinte km. desde Humahuaca, sin camino carretero, por lo tanto imposible viajar en rodado. Entonces: a pie o a lomo de mula; dos o tres jornadas de camino, entre quebradas y valles, entre cerros y pedregales, pajonales y arenales.

Solía salir de Humahuaca a las tres o cuatro de la madrugada, montado en un macho negro. Al dejar el pueblo, veía por última vez las luces de los faros coloniales que se batían al sólo canturrear y soplar del viento frío y mañanero del otoño humahuaqueño; miraba el horizonte, muchas veces claro, anunciando un hermoso día de sol, otras veces rojizo prediciendo una jornada ventosa.

Sabía que por bastante tiempo no volvería a mi pueblo, a repasar sus calles, a reunirme en las esquinas con amigos que animaban las ganas de vivir mi juventud ventañera; sabía que extrañaría mis tardes de música, mis compañeros de orquesta. Con el alma suspendida, con el pecho sostenido en un vacío, con miedo; montado en el mulo cruzaba el Río Grande, a veces rompiendo la escarcha de la madrugada...

Los primeros roces con el frío dejábanse sentir; calzoncillos largos de frisa, dos pantalones, sacos y un grueso poncho de lana; regalo de mi tata. Una alforja llena de víveres, apurando el macho, bajaba a Caleta; la brisa tranquila y friolenta punzaba mis rodillas dobladas e inactivas, que aprisionaban la montura de madera; recuerdo de mi agüelo.

A los mayestrus rurales

*¡Tas entri mediu lus cerrus,
tas entri mediu lus vayis!
¡Tas perdiu en lus rinconis,
vos gran mayestru rural!*

*¿Cuantas penas no sufris,
igual qui un crioyo cualquiera?
¿Cuantus friyus no aguantas
vos gran mayestru rural?*

*¡Ayá; tenis tu escuelita,
entri churquis y cardonis!
¡entri yaretas y tolas,
entri l'arena u el vientu!*

*¡Ayá tenis tus alumnos,
ojotudus y con poncho!
¡ayá tenis a tus niñas,
di poyeras, bata y manta!*

*¡Ayá tenis tu bandera,
di color azul y flancu!
qui Belgranu lua creyau,
y defendiu San Martín.*

*¡Sos un lucero qui alumbrá,
duranti la uscura nochil!
¡esa nochí qui es la vida
vos gran mayestru rural!*

*¡Sos guapu maístru di campu;
y luchador por dimás!
¡Sos duro comu la puna,
trabajador comu no hay!*

*¡Con mis palabras di coya,
hoy ti queriu yo cantar!
¡porqui es onci de setiembre,
porque es tu diya, mayestru!*

*Tamién ti queriu dicer,
qui hasta un coya si da cuenta
¡qui sin maístru y sin escuela
no hay la patria grandi y librí!*

Regionalismos

MAYÉSTRU: maestro; FRIYUS: fríos; DICER:
decir; FLANCU: blanco.



El campo de Capla espinudo y cubierto de tolas, era la visión de la madrugada que unida al aroma amargo de la chachacoma, se conjugaban en expresiones sensitivas especiales. El silencio interrumpido, quizá, por el vago chillar de un pajarraco mal

agüero que saltaba entre el ramaje de añosos churquis, o el ronquido alargado de un asno que rebuznaba en medio los pedregales de alguna quebrada, hacían desglosar un poco la naturaleza viva, áspera, grosera, pura.

Viajaba pensando en la meta... en el Abra Colorada, que alcanzaba más o menos cinco mil metros de altura y por donde era conveniente pasar al mediodía porque muy de mañana o muy de tarde, el viento arreclaba con todo o el frío era insoportable.



ble y la nieve resultaba uno de los factores completamente negativos para el viajero.

Por ello, al mediodía, el caminante, en este caso yo, maestro rural de Santa Ana, entre las doce y catorce horas estaba pisando la cumbre, la parte más alta del camino, el abra... Y allí jadeando todavía, sintiendo el palpitar de mi alma, captando el silencio de los cerros, presenciando a veces a lo lejos el corretear de un tropel de vicuñas y guanacos o tal vez oyendo el quebraje de una laja que caía empujada por las patas de una vizcacha coluda, que al sentirse descubierta se deslizaba zigzagando entre las pajas de un sayal... daba gracias a Dios... a la Pachamama... por haberme permitido llegar hasta allí; masticaba mi coca mientras admirado

contemplaba los cerros de colores diferentes, recortados geoméricamente. ¡Qué cerca del cielo! ¡qué aire diferente! ¡Divinidad presente! A veces, muchas veces, veía la luna tan cerca, tan grande, tan blanca; veía ese cielo norteño, tan azul como nuestra enseña, recordaba... Cuando niño me decían que Belgrano copió del cielo los colores: comprendo que por la imaginación del héroe, seguramente, habrán cruzado místicamente los matices de este cielo.

Junto a la apacheta, significado de Dios, de Pachamama, de Coquena, dejaba mi aporte consistente en una piedra para que ese montículo inerte continúe creciendo... Tiraba mi acullico verdoso (coca masticada) y mordía una mazorca hervida de maíz. Comida fuerte, deshila-

chaba con mis dientes opacos por la tierra granulada absorbida, un pedazo de carne cocida... almuerzo de viajero.

Abra Colorada, pedazo de la gran cadena del Zenta, que constituye un límite natural entre las provincias de Salta y Jujuy, pero internándose más en el territorio de esta última provincia. Por allí cruzaba al otro lado del cerro, donde en tiempos arcaicos vivían los súbditos de Catari (Víbora), cacique guerrero que en tiempos de paz admiraba bellezas de princesas indias, como Sonocolila (Corazón de paloma) que dejaba apreciar su belleza en noches de luna llena. O que en épocas de guerra presidía la danza de cobrizos guerreros incas, anunciando la muerte.

La cara del Zenta que da al



naciente, dando vuelta el carro. Al otro lado, está el departamento de Valle Grande, el más pequeño y el de más escasos recursos de la provincia norteña, donde están los pueblillos de Caspalá y Santa Ana... dormidos en el tiempo. No progresan ni se atrasan; siempre lo mismo, muertos por el silencio, de callejas donde jamás circularon rodados, donde pasan solamente tropillas de burros y mulas, cargados de naranjas que traen del valle. Hacia allí continuaba, esta vez bajando. Cuatro, cinco o seis de la tarde: paisajes más toscos, pajonales bravíos, ciénagas y lajas, pendientes tremendas. Hacia abajo, sin descanso, se sentía el rumor del río... De rato en rato me centraba en la realidad y me preguntaba ¿adónde voy? A Santa Ana... ¿Y dónde diablos queda eso?... ¡Sólo!, un suspiro de melancolía. Pero... ¡adelante! Con el río se alegra un poco el viaje. Oscureciendo, casi con la noche, llegaba a Caspalá, a la escuela, refugio preferido después de catorce o quince horas de viaje. Lo necesitaba... ¡un café caliente!, ¡cómo no! Sus entonces maestras, Clara Zerpa y Honoría Vega, dos jóvenes docentes humahuqueñas, se alegraban de verme, ayudaban a desensillar mi montura, después daba pasto seco o chala a mi mulo, lo aseguraba de una estaca y al rato lo acercaba al río para que bebiese agua... ¡pobre animal!, tan cansado y magullado estaba que daba como tres a cinco revuelcos sobre la arena de la playa.

Clara y Honoría hacían algo especial: papas fritas, un guisado de charqui o en el último de los casos, abrían una lata de conservas. Mientras preparaban, charlábamos sobre el viaje, sobre Humahuaca y su gente, tal o cual persona, sacábamos el cuero, como se dice.

El catre de tientos de cuero de vaca de don Zenón Coronel, vecino de Caspalá, era mi repositorio aquella noche; un relajamiento total y sin sentirlo, dormía hasta el día siguiente. Todavía

A los maistrus di Humahuaca

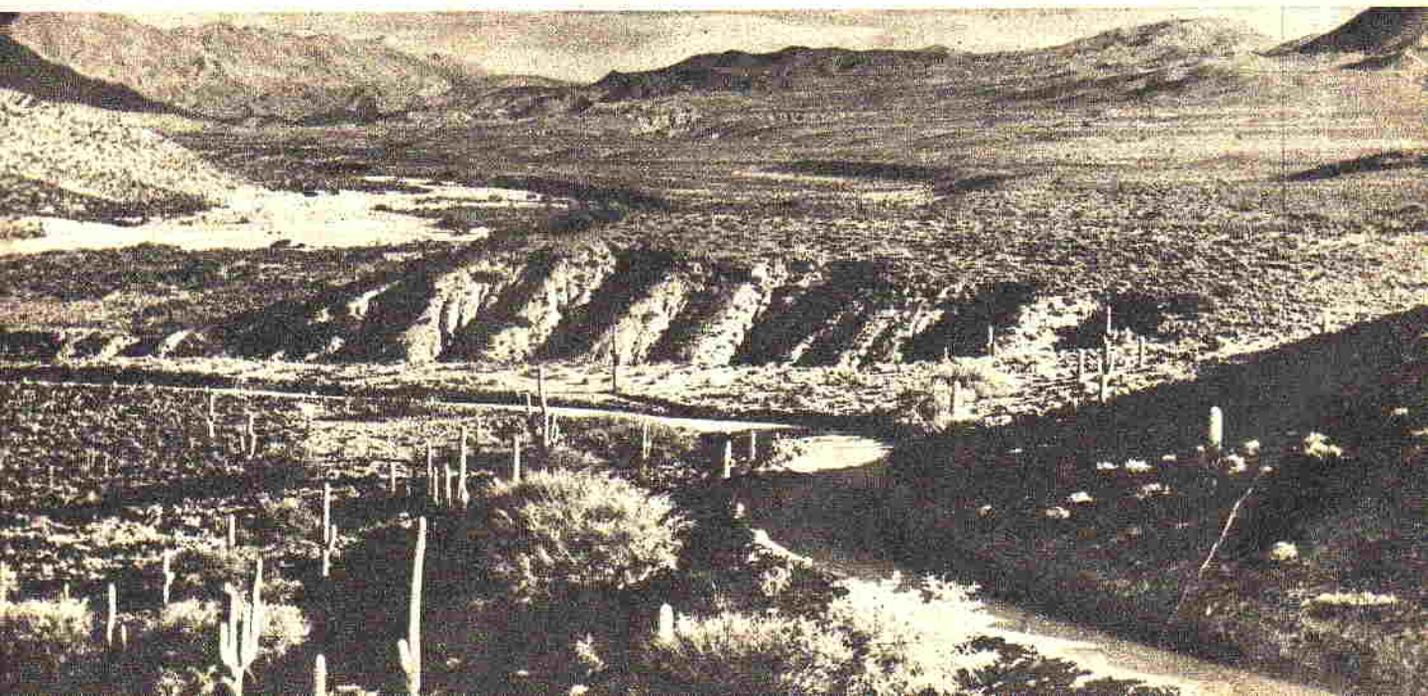
Cargau en burro u en mula
 una oya con una pava,
 su jarro con su cuchara,
 un plato grandi y lavarsi,
 y un viejo calentador . . .
 igualitu qui engenierus,
 ¡qui si van a pelar caña,
 lus mayestrus di Humahuaca!
 tuitus los mesis di marzu,
 salin pa su escuelita,
 qui lis toca trabajar.
 Unos pa lau di Caspala,
 otros pa Palca di Aparsu,
 pa Costaca, pa Rodero;
 pa Ucamaso u pa Santa Ana.
 Algunos quepius sus cosas,
 porqui mas cerca lis toca,
 y lus viernis u sabaus
 si juntan en Humahuaca,
 pa contar sus averias
 pa tomarsi guachuchitu
 pa comprarsi un pocu y pan,
 y pa hacersi sus cachacus,
 y golver a sus escuelas.
 Lus otrus mas pogrisitus,
 qui hasta julio ya si van;
 cargau unas cuantas cosas,
 lo quimas puedin yevar;
 montau en lomu de mula
 y bien yena sus alforjas,
 di remedios y di pan . . .

¡Pero nu olvidan el radio!
 pa qui si eschuquin musica.
 y no si olvidin bailar,
 de frincar y di cantar.
 Lleno y papelis di carta
 y con sobris pa iscriber;
 a lus mocitus las maistras;
 a las imiyas lus maistrus.
 Rociaus por tuititas partis,
 tan lus maistrus di Humahuaca
 ¡Ayá por lau di La Quiaca,
 pa Abra Pampa y pa la mina,
 pa lus vayis pa Tilcara! . . .
 ¿Y si no jueran los maistros?
 ¡Esus maistrus tan guenasus;
 tan criyos y tan churazos.
 ¡Aura maver digamin . . .
 ¿quin va salir pa lus cerrus
 a enseñar a leyer?
 ¿a enseñar a contar?
 ¡a dicer quin es Sarmiento!
 ¿a contar qui San Martin
 a pasau la cordiyera,
 y que Belgrano a creyau
 a la Bandera Argentina
 con los coloris dil cielu?
 ¿Quiên va sufrir tantas penas
 con lus changus ojetudos,
 con las chinitas con mantas;
 con el niño con su poncho . . .
 con la niña con poyera?
 ¡Con esa escuelita tala;

pircau con piegra y adobi,
 techau con barru y cacala;
 techau con barru y con paja!
 ¿Quin va aguantar esi friyo,
 el vientu cuandu si silva . . .
 al chocar con los cardonis
 con la paja o con lus churquis?
 Y tamién quin va durar,
 cuatro cinco años comiendu
 charqui papas con tostau,
 ¡A vecis con una ulpiada!
 ¡U comiendu chircansitu!
 motipela u espesau!
 ¿Quin va aguantar sin mujer?
 maver ustedis digan!
 El maistru qui es di Humahuaca,
 si da guelta como puedi;
 comi lu qui li din.
 ¡En el cerru tamién coquia,
 pa qui nu lu di la puna.
 ¡Baila y frinca en el erquenчу!
 ¡Toca el bombo y toca quena,
 toca corneta . . . es coplero.
 ¡Asi el maistro di Humahuaca,
 es duro mesmu qui sapo;
 y guapo!!! Igualito al toche,
 dondi si anda deja gueyas.
 ¡Dondi pasa no si olvidan!
 ¡No solamenti por gueno!
 Ni porqui deja compagris!
 ¡Dino porqui enseña bien
 y es guen mayestro tamién!

Regionalismos

GUACHUCHITO: bebida alcohólica; CACHACUS: bultos;
 CHIRCANSITU: sopa espesa.





molido, había que continuar viaje a Santa Ana, caminando, llevando a tiro mi mulo, miraba desde el río Caspalá el enorme cerro de Hornos cubierto de nubes, morado de lloviznas suaves y tibias. Hacia allá me encaminaba, otra jornada completa de viaje sobre la montura, al paso cronométrico del macho iba encorvado por el peso del viaje, siempre con ese movimiento en vaivén lento, acompasado, rítmico. Tarde, muy tarde, desde el Abra de Minas veía el poblado de Santa Ana. Era un pucará, un caserío de piedras, algunas sin barro; salía por los agujeros de las casas ese humo del fuego que consume bostas de vacunos, asnos y mulos.

¡Por fin abría las puertas de bisagras herrumbradas de la escuela! Dos largos días de viaje habían terminado: deshecho, hambriento, bañado en tierra, ojos rojizos por el viento, apenas si podía mover las piernas, pero así arribaba al asiento de mis

funciones docentes.

Escuelita de adobe, cercada con piedra a lo indio, recinto de alegría infantiles, cofre de nostalgias de tantos docentes que por allí pasaron, cantiquear de pajarracos vecinos, aullar de pacionales cercanos.

—¡Guenas nochis mi director!... ¿rición yegandu?, solía saludarme don Feliciano Flores, hombre de setenta años, bien parado, ágil, guapo, rostro heredado de las civilizaciones incas, jefe de registro civil. —¡Buenas, tata Feliciano!... Largo viaje, pero bueno, ¡muy bien! Me convidaba el tata Feliciano a comer un guiso de papas verdes esa noche... ¡Qué hambre! Cómo deglutía en mi boca aquel guisado caliente, cocinado con bostas de vaca y en olla de barro. Muy limitado en sus palabras, muy parco de conversación, dos o tres frases se entrecruzaban entre nosotros.

Aquella noche, primera en Santa Ana, muy solo, armaba mi

cama en la escuela y por el cansancio no podía cavilar mucho. Vencido por el sueño, dormía hasta que los rayos del sol a través de los vidrios de una pequeña ventana enumeraban los bancos del aula.

Esa mañana repicaba la campana de la escuela. Y el tan tan matutino llamaba a los chicos a reiniciar las actividades escolares. En muy escaso número aparecían los niños, inocentes almas que por designio de Dios estaban allí, tan lejos de la civilización, de los adelantos, de la modernización. No conocían los autos, los trenes, las vidrieras, ignoraban la crueldad del hombre, eran puros.

Se apersonaban algunos vecinos mientras limpiaba la escuela; charlábamos un poco, me ayudaban en algo, a veces me traían un pedazo de queso o de charqui, también papas verdes. Venía el agente de policía don Rosendo Cruz. Y él se encargaba, según su decir, de arriar

lus tequis (pequeños) a la escuela.

Convencía a los padres de la necesidad de estudiar porque para ellos, el maestro y el establecimiento, constituían un perjuicio, puesto que empleaban al pequeño en cuidar los rebaños, juntar leña y otras tareas, mientras que los mayores desahogaban sus penas insospechadas con ardientes tragos de alcohol puro, yerviao, vino, masticando a diario sus verdes hojas de coca o engañando sus toscos estómagos con harina cocida, agua y azúcar.

Seguían viniendo los niños en los días siguientes. Llegaba **Verónico Cruz**, de primer grado, doce años: parecía un viejo, con su flauta tala, comiendo tostao... de ojotas mugrientas, pantalones rotos y camión de lienzo color tierra. El sombrero lapa escondía un poco su rostro de agüelo, tenía un vozarrón de tata, de jugarbrusco, espaldas encorvadas y medio sonso.

Aparecía la **Flaviana**, hija de un viejo apodado Mohino, de polleras largas hasta los tobillos, de una bata verde bien adornada con cintillas coloridas, de andar lento y reaccionar tardío, tenía diez años y cursaba el primer grado. No faltaba la **Regina Cruz**, chola blancona, igual que su mamá, ojos verdosos, vallista neta ¡media gringa, gringa!, muy aplicada, diez años, cuarto grado. Y en una esquina, observando todo, estaba el **Diopoldo**, nombre deformado por culpa del jefe del registro civil, que asentó en los libros: Diopoldo Jiberoba por el correcto Leopoldo Figueroa. El no podía hablar... ordinario al cubo, pero picarito; cuando el maestro no lo veía provocaba serios disturbios en la clase... También el **Benjito**, mocetón, farrunguero viejo, brincaba en las fiestas al sonar del erque y hasta copleaba en las ruedas de las señaladas; venía al quinto grado de la humilde escuela. Las clases comenzaban sin novedad. Tintinear de cencerros, rebuznar de burros, griterío de guaguas (niños) en



los recreos campestres, cantos desentonados de las chinitillas, que hacían su ronda aunque la neblina lo cubriera todo.

¡Mi han quitau el lapis! ¡Mi han robau la goma! ¡Mi han rotó el rebose! ¡Mi han chilpiu (roto) el poncho! Eran las quejas repetidas de mis changos. El que más recurría al maestro por la falta de algún compañero era el **Hectorcito Cruz**, al que le decían "cabra chola" por ser de tez blanca y de ojillos azulados.

Pero . . . doña cocinera, de siete o más polleras al decir del criollaje, la que algunas veces hacía quemar su guiso, la de sombrero blanco ovejuno bien adornado con sinnúmero de cin-

tillas colorinches, rebose bordado, la **señora de Arias**, la que durante el año amasaba el pan para los niños. Ella, que compartía las vivencias escolares, comprendía el sufrimiento del maestro y contribuía con el sustento nutritivo de éste, dejándole un bollito caliente, guiso frío para la cena, un pedazo de queso o unas tortillas medias chorcas (duras).

Los días jueves solíamos tener música. El acordeón que siempre me acompañaba servía en aquellas ocasiones de piano, y los niños aprendían a entonar correctamente canciones escolares, algunas marchas y, por supuesto, folklore del jujeño:

carnavalitos, cuecas y bailecitos. El inspector de zona, hoy supervisor seccional, don Augusto L. Estopiñan, visitó mi escuela en dos oportunidades. Y haciendo honor a la verdad, cuento que le impresionó vivamente mi obra musical, mi coro de Santa Ana.

Lo más duro fueron aquellas tardes solitarias que pasaba. Como era un establecimiento sin albergue, me quedaba con un chico. Fuera de las horas de clase era mi secretario privado: él limpiaba la escuela, fritaba tortillas, prendía el fuego, traía agua o pajas secas para la cocina. Y más tristes eran los fines de semana. La gente de allí viajaba al monte, diez o quince kilómetros adentro, los niños también iban para allá. Sin secretario, solo . . . Eran largas, tristes y melancólicas jornadas. Salir a la puerta, mirar los cerros, el cielo . . . Recostarse un rato, ensayar una pieza nueva en el acordeón, leer, pensar, escribir.

Llegaban los lunes y de alguna manera me olvidaba un poco de esa realidad, que parecía un sueño que deseaba terminar. Y recomenzaba la tarea áulica, con variantes en el programa, con mucho trabajo, del primero al séptimo grados, con un solo maestro hasta ese momento. Pero así, de alguna manera, tenía que voltear el año.

Así era y sigue siendo la Escuela Nacional N° 24 de Santa Ana. Entraba en marzo y salía en julio; volvía después de las vacaciones de invierno para reintegrarme a la casa paterna cuando finalizaban las clases. Contaba con veinte años, soltero, recién recibido en la Escuela Normal Regional de Humahuaca. Tres largos años estuve allí, tal vez no muy aprovechados . . . porque ¡chango sonso! no tenía una cámara fotográfica y menos un grabador. Creo que alguna vez volveré, siquiera un rato, para escarbar un poco más en el corazón de lo nuestro, en el alma del maestro rural, en el intimismo de los niños y en las recoditeces del folklore.

MAISTRO RURAL

